

# Locus Solus

Traducción de Marcelo Cohen



© NUMA EDICIONES 2001  
Gobernador Viejo, 29 46003 VALENCIA  
[www.numa.es](http://www.numa.es)

Título de la edición original: *Locus Solus*  
©Jean-Jacques Pauvert

Traducción:  
Marcelo Cohen

Portada:  
Genoveva Albiol

© NUMA EDICIONES 2001  
Gobernador Viejo, 29  
46003 VALENCIA  
[www.numa.es](http://www.numa.es)

ISBN: 84-95831-00-7  
Depósito Legal: V-3672-2001

Impreso en España



## Capítulo I

Aquel jueves de comienzos de abril, mi sabio amigo el maestro Martial Canterel me había invitado a visitar, con otros de sus íntimos, el inmenso parque que rodeaba su hermosa villa de Montmorency.

Locus Solus –tal es el nombre de la propiedad– es un sereno retiro donde a Canterel le gusta proseguir con toda calma espiritual sus múltiples y fecundos trabajos. En ese lugar solitario se encuentra suficientemente al amparo de los ajetreos de París, y puede no obstante trasladarse a la capital en un cuarto de hora cuando sus investigaciones le exigen demorarse en cierta biblioteca especializada o llega el momento de comunicar al mundo científico, en una conferencia extraordinariamente concurrida, algún descubrimiento sensacional.

Canterel pasa casi todo el año en Locus Solus, rodeado de discípulos que, rebosantes de admiración apasionada por sus continuos descubrimientos, lo secundan fanáticamente en la realización de su obra. La villa posee varias salas lujosamente dispuestas como laboratorios modelo atendidos por numerosos ayudantes, y el maestro se consagra por entero a la ciencia,

allanando sin esfuerzo, con una gran fortuna de soltero exento de cargas, cualquier dificultad material que en el curso de su encarnizada labor susciten las diversas metas que se pone.

Acababan de dar las tres. Hacía buen tiempo y el sol resplandecía en un cielo casi uniformemente despejado. Canterel nos había recibido no lejos de la villa, al aire libre, bajo unos viejos árboles cuya sombra envolvía una cómoda instalación provista de diversos asientos de mimbre.

En cuanto se hizo presente el último de los convocados, el maestro se puso en marcha a la cabeza del grupo, que lo acompañó dócilmente. Alto, moreno, de fisonomía franca y facciones regulares, Canterel, de fino bigotito y ojos destellantes de una inteligencia maravillosa, apenas acusaba sus cuarenta y cuatro años. La voz cálida y persuasiva daba un atractivo enorme a su elocución subyugante, cuya seducción y claridad hacían de él un campeón de la palabra.

Desde hacía un momento subíamos por una avenida muy empinada.

A mitad de la cuesta vimos al borde del camino, en una hornacina de piedra harto profunda, una estatua de extraña antigüedad que, hecha al parecer de tierra negruzca, seca y solidificada, representaba no sin encanto un niño desnudo y sonriente. Tenía los brazos tendidos al frente en ademán de ofrenda y las manos abiertas hacia el techo de la hornacina. De la palma de la diestra, donde había arraigado hacía largo tiempo, surgía un arbustito muerto de una extrema vetustez.

Canterel, que seguía andando distraído, tuvo que responder a las unánimes preguntas.

—Es el Federal de *semen-contra* que Ibn Batuta vio en el corazón de Tombuctú —dijo señalando la estatua, y acto seguido nos develó su origen.

El maestro había conocido íntimamente al célebre viajero Echenoz, que en el curso de una expedición a África llevada a cabo en su juventud había llegado hasta Tombuctú.

Habiéndose embebido antes de partir de la bibliografía completa de las regiones que lo atraían, Echenoz había leído varias veces cierto relato del teólogo árabe Ibn Batuta, considerado el más grande explorador del siglo XIV después de Marco Polo.

Hacia el fin de una vida fecunda en descubrimientos geográficos memorables, cuando habría podido gozar de la plenitud de su gloria en merecido descanso, Ibn Batuta había vuelto a emprender una exploración lejana y llegado entonces a la enigmática Tombuctú.

Durante la lectura del relato Echenoz se había fijado sobre todo en el episodio siguiente.

Cuando Ibn Batuta entró solo en Tombuctú pesaba sobre la ciudad una consternación silenciosa.

Ocupaba el trono entonces una mujer, la reinal Duhl-Serul, quien, de sólo veinte años de edad, aún no había elegido esposo.

De vez en cuando Duhl-Serul padecía terribles crisis de amenorrea; la congestión resultante, que afectaba el cerebro, le provocaba accesos de locura furiosa.

Estos trastornos redundaban en graves prejuicios contra los nativos, visto el poder absoluto que detentaba la reina, proclive en esos períodos a impartir órdenes insensatas y multiplicar sin motivo las condenas a muerte.

Habría podido estallar una revolución. No obstante, fuera de aquellos momentos de aberración Duhl-Serul gobernaba a su pueblo con una juiciosa bondad. Como rara vez habían conocido un reinado más feliz, en vez de derrocar a la soberana, lanzándose a lo desconocido, los súbditos toleraban con paciencia esos males pasajeros compensados por largos períodos florecientes.

Hasta entonces, ninguno de los médicos de la reina había logrado paliar el mal.

Fue el caso de que al llegar Ibn Batuta consumía a la reina una crisis más violenta que las anteriores. A una sola palabra suya había que ejecutar a numerosos inocentes y quemar cosechas enteras.

Agobiada de hambre y terror, la población esperaba día a día el fin de un acceso que, prolongándose más de lo razonable, volvía la situación insostenible.

En la plaza pública de Tombuctú se alzaba una especie de fetiche al que la creencia popular atribuía un gran poder.

Era una figura de niño hecha enteramente de tierra oscura y basada en curiosas circunstancias bajo el reinado del rey Forukko, antepasado de Duhl-Serul.

Dueño de las cualidades de juicio y dulzura que en tiempos normales mostraba la reina actual, Forukko, mediante el dictado de leyes y una completa entrega personal, había llevado a su país a un alto grado de prosperidad. Como agrónomo ilustrado vigilaba él mismo los cultivos, atento a introducir numerosos perfeccionamientos fructíferos en los caducos métodos de siembra y recolección.

Las tribus fronterizas, maravilladas por aquel estado de cosas, se habían aliado a Forukko para beneficiarse de sus decretos y su asesoramiento, pero protegiendo cada una su autonomía mediante el derecho a recobrar a voluntad la independencia completa. Se trataba de un pacto de amistad, no de sumisión, por el cual se comprometían además a coaligarse contra un enemigo común si era preciso.

En medio del loco entusiasmo desencadenado por la declaración solemne de la unidad conseguida, se había resuelto alzar, a modo de emblema que inmortalizara el resonante acontecimiento, una estatua hecha exclusivamente de tierra tomada de los suelos de las tribus reunidas.

Cada poblado había enviado su parte consistente en tierra vegetal, símbolo de la alegre abundancia que auguraba la proyección de Forukko.

Un artista de renombre, ingenioso en la elección del tema, había mezclado y amasado todos los humus para erigir un gracioso niño sonriente que, verdadero retoño común de las numerosas

tribus confundidas en una sola familia, parecía consolidar aún más los vínculos establecidos.

La obra, instalada en la plaza pública de Tombuctú, había recibido en razón de su origen un nombre que traducido a lenguaje moderno daría estas palabras: el Federal. Modelado con una destreza encantadora, el niño, desnudo, el dorso de las manos vuelto hacia el suelo, alargaba los brazos como haciendo una ofrenda invisible y, con ese gesto emblemático, evocaba los dones de riqueza y felicidad prometidos por la idea que representaba. La estatua no había tardado en secarse, endurecerse y adquirir una solidez duradera.

Respondiendo a la esperanza general se había abierto para los pueblos fusionados una edad de oro; ellos, que atribuían su suerte al Federal, habían dedicado al fetiche, pronto a responder a innumerables plegarias, un culto apasionado.

Bajo el reino de Duhl-Serul subsistía la asociación de clanes y el Federal seguía inspirando igual fanatismo.

Como la presente locura de la soberana era cada vez más intensa, se decidió ir en tropel a pedirle a la estatua de tierra que detuviera inmediatamente la plaga.

Encabezada por sacerdotes y dignatarios, una gran procesión que Ibn Batuta vio y dejó descrita se acercó hasta el Federal para dirigirle largas, fervientes oraciones acordes con ciertos ritos.

Aquella misma noche atravesó la comarca un furioso huracán, especie de tornado devastador que rápidamente pasó por Tombuctú sin dañar al Federal, abrigado como estaba por las construcciones circundantes. Durante los días siguientes la alteración de los elementos causó frecuentes chaparrones.

Pese a todo, la vesania de la reina continuaba acentuándose y hora tras hora ocasionaba nuevas calamidades.

Ya se empezaba a desconfiar del Federal cuando una mañana el fetiche manifestó una plantita a punto de abrir arraigada en la palma de la mano derecha.



Nadie dudó en considerarla un remedio milagroso que el venerado niño ofrecía para curar el mal de Duhl-Serul.

Favorecido su rápido desarrollo por una alternancia de lluvia y sol ardiente, la planta engendró minúsculas flores de un amarillo claro que, recogidas con cuidado, en cuanto estuvieron secas fueron administradas a la soberana, cuyo extravío llegaba ya al paroxismo.

El postergado fenómeno se produjo al instante y Duhl-Serul, aliviada al fin, recuperó el juicio y la ecuánime bondad.

Ebrio de alegría, el pueblo agradeció al Federal en una ceremonia imponente y, deseoso de prevenir próximas crisis, resolvió cultivar con ayuda de un riego periódico, dejándola por respeto supersticioso en la mano de la estatua, sin atreverse a sembrar las semillas en otra parte, esa misteriosa planta, desconocida hasta entonces en la comarca, cuya presencia sólo autorizaba una hipótesis: el huracán había transportado desde regiones lejanas una semilla que, tras caer en la mano derecha del ídolo, había germinado en la tierra vegetal regenerada por la lluvia.

Según la creencia unánime, el propio y omnipotente Federal había desencadenado el ciclón, conducido la semilla hasta su mano y provocado cada una de las etapas germinativas.

Éste era el fragmento de la narración de Ibn Batuta predilecto del explorador Echenoz, quien una vez en Tombuctú preguntó por el Federal.

Una escisión sobrevenida entre las tribus solidarias había privado al fetiche de toda significación. Proscrito de la plaza pública y relegado a mera curiosidad entre las reliquias de un templo, llevaba ya largo tiempo sumido en el olvido.

Echenoz quiso verlo. En la mano del niño, intacto y sonriente, se veía aún la famosa planta, ahora seca y canija, que por muchos años —llegó a saber el explorador— había conjurado una crisis tras otra de Duhl-Serul hasta obrar una curación total. Poseedor de las nociones de botánica que exigía su profesión,

Echenoz reconoció en el antiguo residuo hortícola un ejemplar de artemisa marítima y recordó que, ingeridas en cantidades mínimas, en forma de medicamento amarillo denominado *semen-contra*, las flores secas de esta radiada constituyen en efecto un emenagogo muy activo. Era precisamente en pequeñas dosis, tomadas de una fuente única y pobre, que el remedio había actuado sobre Duhl-Serul.

Pensando que podía comprar el Federal, visto su actual estado de abandono, Echenoz ofreció una fuerte suma que fue aceptada en el acto. Después transportó a Europa la singular estatua, cuya historia llamó la atención de Canterel.

Hacía ahora poco que Echenoz había muerto, legando el Federal a su amigo en recuerdo del interés que le despertara el antiguo fetiche africano.

Pronto nuestras miradas, fijas en el niño simbólico —investido ahora, como la vieja planta, de la gloria más atrayente—, se vieron solicitadas por tres altorrelieves rectangulares, tallados en la piedra misma, que había en la porción inferior del alto bloque donde se abría la hornacina.

Frente a nosotros, entre el suelo y el nivel de la plataforma que pisaba el Federal, las tres obras finamente coloreadas, ya muy desgastadas en ciertas partes, se alargaban horizontalmente una debajo de la otra. Como el bloque todo, daban una impresión de fabulosa antigüedad.

El primer altorrelieve representaba a una joven extasiada que, erguida en una llanura de césped, los brazos agobiados por haces de flores, contemplaba en el horizonte la expresión: YA, esbozada en el cielo por angostos cirros que el viento curvaba suavemente. Aunque desvaídos, los tintes subsistían por doquier, delicados y múltiples, nítidos todavía en la nubes, plenas de rojos fulgores crepusculares.

Debajo, el segundo cuadro escultórico mostraba a la misma desconocida que, sentada en una suntuosa sala, aprovechaba

una costura abierta para extraer de un cojín azul con ricos bordados cierto muñeco vestido de rosa y falto de un ojo.

Cerca del suelo, el tercer fragmento ponía en escena a un tuerto vestido de rosa, copia viva del muñeco, que señalaba a varios curiosos un bloque mediano de vetado mármol verde cuya cara superior, en donde había medio incrustado un lingote de oro, llevaba la palabra *Ego* levemente grabada con rúbrica y fecha. En segundo plano un corto túnel, provisto por dentro de una reja cerrada, parecía llevar a una inmensa caverna cavada en el flanco de una marmórea montaña verde.

En las dos últimas piezas algunos colores conservaban cierta fuerza, en especial el azul, el rosa, el verde y el dorado.

Interrogado, Canterel nos informó sobre la trilogía plástica.

Hace unos siete años, habiéndose enterado de la formación de una sociedad para desenterrar la ciudad bretona de Gloannic, destruida y sepultada por un formidable ciclón en el siglo XV, el maestro, sin espíritu de lucro alguno, había comprado numerosas acciones con el único fin de alentar una grandiosa empresa que según él podía dar resultados apasionantes.

Por medio de sus representantes, los grandes museos del mundo pronto empezaron a disputarse muchos objetos preciosos que, surgidos de hábiles excavaciones llevadas a cabo en lugares adecuados, llegaban sin tardanza a París para afrontar el fuego de las subastas públicas.

Una tarde Canterel, presente en todo nuevo arribo de antigüedades, había recordado de golpe, al ver los tres altorrelieves que adornaban la base de una gran hornacina recién desenterrada, la siguiente leyenda armoricana incluida en el Ciclo de Arturo.

En tiempos de antaño, en Gloannic, su capital, Kurmelén, rey de Kerlagoüezo —agreste región que marcaba el punto más occidental de Francia—, sintió, aunque todavía era joven, que su salud ya precaria comenzaba a declinar rápidamente.

Desde hacía un lustro Kurmelén era viudo de la reina Ple-  
vенеuc, muerta al dar a luz a su primogénita la princesita Hello.

Como tenía muchos hermanos envidiosos que ambiciona-  
ban el trono, Kurmelén, padre afectuoso, pensaba con espanto  
que después de su deceso, sin duda cercano, Hello, llamada por  
la ley del país a sucederlo sin reparto, en vista de su corta edad  
sería objeto de numerosas conspiraciones.

Desprovista de joyas, pero compensada su falta de lujo por  
una extrema antigüedad, la pesada corona de oro de Kurmelén,  
llamada la Maciza, que desde tiempos inmemoriales había ceñi-  
do la frente de cada soberano de Kerlagoüezo, se había converti-  
do a la larga en la esencia misma de la realeza absoluta; sin ella  
ningún príncipe habría podido reinar un solo día. Llevado por  
un fetichismo ardoroso capaz de prevalecer sobre toda legítimi-  
dad, el pueblo habría reconocido como señor a cualquier pre-  
tendiente lo bastante audaz para hacerse con el objeto, que se  
encontraba prudentemente guardado en un lugar seguro provis-  
to de centinelas.

En época remota, un ancestro de Kurmelén llamado Jouël  
el Grande, fundador del reino de Kelagoüezo y de su capital, ha-  
bía sido el primero en llevar la Maciza, fabricada por orden suya.

Joüel, muerto casi a los cien años tras un reinado glorioso,  
divinizado por la leyenda, se había transformado en astro celeste  
y así seguía velando por su pueblo. Todos en el país sabían dis-  
tinguirlo entre las constelaciones para dirigirle votos y plegarias.

Confiado en el poder sobrenatural de su ilustre antepasa-  
do, Kurmelén, a quien consumía la angustia, le suplicó que le  
enviara en sueños alguna inspiración salvadora. Para privar a sus  
hermanos de toda esperanza de éxito, hacía mucho que pensaba  
en esconder en algún lugar misterioso, lejos de sus intentos, la  
reverenciada corona indispensable para la entronización. Pero  
era preciso que una vez en edad de enfrentarse a sus enemigos,  
Hello, a fin de hacerse proclamar reina, pudiese reencontrar el  
antiguo círculo de oro; y, dada la facilidad con que la fuerza o la

astucia arrancan un secreto a un niño, la prudencia prohibía indicarle el enclave elegido. Obligado a adoptar un confidente, el rey vacilaba, consternado por la gravedad del caso.

Joüel escuchó la plegaria de su descendiente y lo visitó en sueños para dictarle una conducta sabia.

En adelante Kurmelén sólo actuó siguiendo las instrucciones que había recibido.

Hizo fundir la corona, obtuvo un lingote de vulgar forma oblonga y marchó al Morne-Vert, monte encantado que en otro tiempo ilustrara un viaje de estudios de Joüel.

Hacia el fin de su vida, mientras recorría solícitamente su reino para cerciorarse del bienestar del pueblo y la honradez de sus gobernadores, una noche Joüel había acampado en una comarca solitaria enteramente nueva a sus ojos.

Se había alzado la tienda real al pie del Morne-Vert, monte caótico, asombroso por la tonalidad glauca y los reflejos de mármol suavemente vetado. Joüel, intrigado, intentó escalarlo mientras organizaban el descanso, golpeando continuamente con una estaca, como para reconocer su índole, el suelo por doquier resistente. Le asombró que uno de los golpes provocara una vaga resonancia subterránea. Deteniéndose, azotó con fuerza varios puntos del lugar sospechoso y percibió un ruido sordo que, propagándose por las laderas del monte, indicó la presencia de una importante caverna.

Intuyendo que había allí un envidiable abrigo para pasar la noche, que se anunciaba fría, Joüel, sin seguir subiendo, mandó que su gente buscara alguna falla de acceso al antro imprevisto.

Contrariado por el fracaso de las exploraciones, el rey pensó que acaso existiese una abertura cubierta de arena y ordenó que limpiaran el monte desde el lugar sonoro hasta la base, invadida por una grava fina.

Armados de herramientas fortuitas, casi en el acto varios trabajadores improvisados desnudaron la cumbre de una bóveda que despejaron para el estricto paso de un hombre.

Internándose antorcha en mano en el angosto corredor, pronto Joüel se encontró en una espléndida caverna, enteramente de mármol y, debido a un extraño fenómeno geológico, guarnecida de enormes pepitas de oro que en sí mismas representaban una fortuna enorme, susceptible de ser decuplicada por las que sin duda ocultaba el espesor del macizo.

Deslumbrado, pensando en reservarlas para eventuales épocas de desgracia, Joüel quiso preservar de cualquier codicia esas riquezas fabulosas, en aquel momento inútiles para un reino dichoso que gracias al genio de su fundador gozaba de tranquila prosperidad.

Callando lo que pensaba, el rey se hizo alcanzar por su séquito y la noche transcurrió apaciblemente en la hospitalaria caverna.

Al día siguiente se estableció una cadena de comunicación con la aldea más cercana y un grupo de obreros puso manos a la obra bajo la guía de Joüel. Liberado de arena por sus esfuerzos, el estrecho pasaje primitivo se transformó en un amplio túnel, a mitad del cual, una vez evacuada la gruta, se instaló una importante reja de dos hojas que por orden formal del rey carecía de cerradura.

Entonces, en presencia de todos, Joüel, que practicaba la magia, pronunció dos conjuros solemnes. Mediante el primero volvía el exterior del monte invulnerable para siempre a las herramientas más duras; por el segundo, cerraba imperiosamente la alta y gruesa verja, que al mismo tiempo quedaba inmunizada contra roturas y violaciones.

A continuación el monarca hizo a la concurrencia preciosas revelaciones. Cierta frase mágica que refería un hecho personal sobrehumano destinado a ilustrar su muerte, ignorada en aquel momento por él mismo, que era así impotente para recuperar las riquezas prohibidas aunque quisiera, serviría para abrir momentáneamente la verja si se la pronunciaba de modo impecable. Una sola vez en el curso de los siglos futuros, en caso de grandes desastres públicos cuyo desencadenamiento o inminencia exigiese el recurso a esos tesoro-

ros, Joüel tendría la facultad de transmitir la frase cabalística, por medio del sueño, a uno de sus sucesores. Descubría de antemano la sustancia del sésamo para que muchos temerarios, con sus periódicos intentos, salvaran el importante yacimiento del obligado olvido en que lo habría sumido un encierro absoluto.

Un mes más tarde, de regreso en Gloannic tras haber acabado su viaje, una noche límpida Joüel murió cargado de años y de gloria, y de pronto un nuevo astro brilló en el firmamento.

El pueblo, pronto a reconocer el incidente sobrenatural recientemente predicho por Joüel para la hora de su deceso, sin titubeos señaló en la imprevista estrella el alma misma del difunto, dispuesto a velar eternamente por la suerte del reino.

Conociendo en adelante el hecho que expresaría la fórmula capaz de liberar los inmensos bienes del Morne-Vert, el nuevo soberano, ambicioso hijo de Joüel, profirió ante la reja hechizada una cantidad de textos lacónicos que narraban de mil formas diferentes la transformación del difunto rey en astro celeste. Pero no atinó con la expresión justa, pues las hojas de la verja permanecieron cerradas. Y cuantas tentativas se llevaron a cabo desde entonces fueron siempre en vano.

Y era el caso ahora que, habiendo recibido la rebelde proposición, durante el sueño, por boca de Joüel, Kurmelén quedaba autorizado para revelarla dada la borrasca política que pendía sobre el reino.

Al pie del Morne-Vert la profirió en estos términos, que en el curso de siglos los buscadores sólo habían merodeado:

—Arde, Joüel, astro de los cielos.

La reja se abrió de par en par; luego volvió a cerrarse, una vez el visitante hubo penetrado en la gruta verde.

Por orden de Joüel, cuya intención bien comprendía, Kurmelén iba allí a esconder todo el oro de su corona. ¿Dónde encontrar un retiro más seguro que ese antro, que mil esfuerzos no habían logrado violar en tanto tiempo? Y luego, aun en caso de

que a fuerza de intentos algún intrigante diera con el sésamo exacto, la presencia en la caverna de innumerables pepitas, de las cuales la Maciza, transformada por la fundición, no se diferenciaba en nada, era una garantía contra la temida usurpación. En efecto, dado el fetichismo del pueblo, sólo podría convertirse en real la frente que ciñiera la ancestral corona, reconstituida sin lugar a dudas con el oro primitivo. ¿Y cómo era posible identificar el lingote venerable entre tantos especímenes parecidos?

Extrayendo sin mucha dificultad una gran piedra medio arrancada de la superficie de un aislado bloque de mármol verde, Kurmelén obtuvo una cavidad perfecta en donde el pesado objeto precioso entró perfectamente, para ofrecer desde entonces igual aspecto que las múltiples muestras de oro engastadas por doquier en la ofita de la caverna.

Pero si el lingote permanecía en un anonimato demasiado estricto, aun Hello se vería imposibilitada para reinar; porque un día, antes de devolverle la forma de corona real para ceñírsela, merced a alguna señal irrefutable tendría que probarle al pueblo su origen divino.

Siguiendo siempre el mandato de Joüel, con la punta de su puñal Kurmelén empezó a trazar su firma en la plataforma del bloque verde, sin rayar muy profundamente el mármol.

Desde un comienzo, en vez de su nombre los reyes de Kerlagouëzo estampaban bajo los documentos importantes la palabra *Ego*, que les reforzaba el prestigio haciendo de cada uno, durante el reinado, el yo supremo, a la vez fuente y culminación de todo. La caligrafía y la fecha reparaban la uniformidad silábica designando doblemente en cada pieza al soberano del caso.

Dadas las circunstancias, Kurmelén no titubeó en elegir su firma predominante; grabó el Ego habitual y luego puso la fecha, no sin recubrir de inmediato toda la inscripción con una fina capa de arena. Con esta última precaución el rey, que ya al entrar se había dirigido adrede a la zona más oscura de la gruta, hacía casi imposible que algún buscador inadvertido, que por



casualidad llegara a pronunciar el verdadero sésamo, descubriera la señal adjuntada al epígrafe.

Con los cinco vocablos poderosos Kurmelén abrió una vez más la verja, que no bien él hubo salido volvió a cerrarse.

Al regresar de su expedición, declaró públicamente, pero absteniéndose de dar detalles, que por obra suya la Maciza, ahora fundida, descansaba en el Morne-Vert, la contraseña para entrar al cual le fuera revelada en sueños por Joüel. Era importante que el pueblo, para mantener la fe en el porvenir, supiera que, oculto en un sitio seguro, el oro sagrado, cuya supuesta pérdida lo habría reducido a una peligrosa desesperación, estaba dispuesto a dar su asentimiento a los soberanos futuros.

Como ya sentía próximo el abrazo de la muerte, Kurmelén se apresuró a ejecutar las restantes órdenes de Joüel, que junto con muchas recomendaciones anexas lo había urgido a que, para desempeñar el indispensable oficio de confidente universal, tomara a cierto Le Quillec, bufón de la corte.

Le Quillec era tuerto y deforme. Para acentuar el carácter grotesco de su persona, objeto de la risa general, Le Quillec se vestía siempre de rosa como el galancete más coqueto y, prodigando réplicas llenas de gracias, escondía bajo esa apariencia cómica un alma recta y bondadosa, sinceramente devota del rey.

Aunque al principio la elección lo asombrara, luego de reflexionar Kurmelén admiró la sabiduría de Joüel. Le Quillec sería un representante inmejorable porque, como ser vil y denigrado, indigno a ojos de todos de ser elegido como depositario de un gran secreto, estaría además a salvo de cualquier insistencia o amenaza tendiente a hacerlo hablar.

Sin ocultar nada, el rey reveló al bufón la fórmula introductoria, el lugar del famoso lingote y la existencia de la firma demostrativa. Cuando llegase el momento de actuar, Hello, advertida como hija de estirpe soberana y divina por uno de esos signos celestes negados a los simples humanos como Le Quillec, acudiría por sí misma al tuerto para reclamarle los secretos. Sólo

ese día, para evitar que un involuntario gesto de interés o de favor pudiese despertar prematuras sospechas de los cortesanos, el extraño confidente sería indicado a la huérfana, por un procedimiento que debía ignorar el mismo Le Quillec, condenado entretanto a una larga espera pasiva. Al despedir al bufón, Kurmelén tomó de una reserva de juguetes destinada a su hija un muñeco rosa al cual arrancó un ojo.

Durante su embarazo, la reina Plaveneuc había bordado, sin ayuda de nadie, un lujoso cojín azul, con la idea de que sirviera para sostener junto a ella en la cama, hasta que pudiera levantarse, al hijo que esperaba. Kurmelén siempre se había esforzado por inculcar a Hello respeto por aquella reliquia que la pobre madre, sorprendida por la muerte, no había llegado a utilizar. Deshaciendo una costura, metió el muñeco en lo más hondo de la pluma y luego, aduciendo que había sido un accidente, mandó a una criada que cosiera la abertura.

Sin testigos el rey instruyó a Hello, advirtiéndole que mantuviera la conversación en secreto, de que encerrado en el cojín azul, cuyo interior no debía examinar hasta que recibiera una orden del cielo, le esperaba un regalo.

Kurmelén no había hecho más que seguir rigurosamente las prescripciones de Joüel, cuya previsora sagacidad alababa en silencio. En efecto, destinada a no recibir la advertencia celestial sino cuando la edad la hubiera armado contra sus antagonistas, Hello, al registrar el cojín, que en virtud de su origen augusto no corría el riesgo de perderse, se vería llevada a preguntarse si en la insólita ofrenda de un simple juguete ingenuo hecha a una mujer adulta no había acaso algo simbólico. A la larga, el traje rosa y la falta de un ojo en el muñeco evocarían fatalmente en su intrigado pensamiento al bufón Le Quillec, a quien iría a interrogar. Además, si los príncipes colaterales, mediante odiosos apremios, llegaban a arrancar el secreto del cojín azul a una Hello niña y débil todavía –sin razón de hacerlo, considerando cuán absoluto era en apariencia su provecho hasta la esencial revelación del signo celeste

que debía esperarse—, la extracción de entre las densas plumas, no del precioso documento previsto, sino de una muñeca extraña y graciosa tan apropiada a la edad de la destinataria, parecería delatar únicamente el tierno capricho de un padre, deseoso de duplicar los atractivos de su regalo con la sorpresa de un escondite ingenioso. Sin consecuencias apreciables, sin duda el objeto sería entregado a Hello, quien, limitándose al principio a usarlo en sus juegos, más tarde se diría bruscamente, el día de la manifestación celeste, que sólo entonces había llegado la hora de sondear el cojín. De inmediato, contrastando la puerilidad del regalo con la consumación de su desarrollo juvenil, se sumiría en fecundas reflexiones y, recordando las sobresalientes particularidades del juguete, haría el razonamiento requerido para conducirla al punto hacia Le Quillec.

Muy pronto Kurmelén murió. Sus hermanos, aprovechando la minoría de edad de Hello para formar partidos, empeñado cada uno en conquistar el poder, desencadenaron una guerra civil. Pero, como faltaba el oro sagrado imprescindible para reconstruir la Maciza, ninguno consiguió hacerse aceptar como rey.

Vanamente se probaron expresiones nuevas para abrir la inflexible reja del Morne-Vert, tanto más fascinante ahora en cuanto albergaba el lingote monárquico. Acosada por las preguntas de sus tíos como probable depositaria de alguna revelación paterna que condujera a la meta, Hello supo guardar intacto su secreto.

Desde entonces la anarquía fue socavando el reino, dado que ni siquiera Hello podía ser reina antes de poseer la Maciza.

Siempre vestido de rosa, Le Quillec, dotado de una pensión vitalicia legado de Kurmelén, hacía reír durante los paseos, respondiendo con agudeza a las chanzas de algunos antiguos cortesanos.

Pasó el tiempo, y a los dieciocho años Hello empezó a soñar sin tregua con el síntoma celeste predicho por su padre, con

la esperanza de que se le ofreciera un medio para salvar al país, arruinado definitivamente por un ininterrumpido lapso de caos y luchas intestinas.

Una noche de julio, cuando la princesa, con los brazos cargados de flores, regresaba sola a un palacio ancestral en donde pasaba los veranos, un sinfín de suntuosos fulgores rojos, surgidos del sol recién puesto, incendió las largas nubes que se estiraban sobre el horizonte.

Hello se detuvo a admirar el prodigio crepuscular y vio unos angostos copos que se curvaban extrañamente al influjo de la brisa hasta formar, en letras difusas, la siguiente locución:

YA

Al momento la palabra se deshilachó en el aire. Pero Hello, con el corazón palpitante, reconoció en su naturaleza celeste el anunciado aviso. Debía actuar ahora.

De vuelta en el castillo, abrió el cojín azul, por el que nunca había dejado de profesar una devota solicitud, harto justificada por el contacto santificador de las manos maternas como para resultar sospechosa. Aunque al principio le desilusionara encontrar sólo un muñeco, inducida a penetrantes disquisiciones por la discordancia entre el juguete y su propia edad se puso a meditar largamente.

De repente, por el color del traje y la órbita vacía, la muchacha descubrió que el enigmático muñeco evocaba a Le Quillec.

Llamó al bufón al palacio y le puso al corriente de todo.

A su vez Le Quillec le transmitió los secretos confiados a su honra y la instó a acudir de inmediato al Morne-Vert para seguir con presurosa docilidad la orden de las nubes; orden imperiosa enviada con buen juicio en un momento propicio en que ninguno de los usurpadores eventuales, mutuamente debilitados por su guerra sin cuartel, podría entorpecer con eficacia la marcha de

la legítima reina cuando, detentando el lingote-fetiché, suscitara a su paso el entusiasmo universal.

Acomodada en una amplia litera, Hello partió sin demora escoltada por el bufón, el cual, manifestando adrede por doquier el verdadero propósito del viaje, hizo que muchísimos fanáticos se unieran al cortejo, impacientes por ver el memorable acontecimiento llamado a acabar con el período de anarquía y decadencia.

La joven princesa llegó pues al Morne-Vert rodeada de una muchedumbre inmensa que regocijaba a Le Quillec, ávido de testigos para la escena de identificación.

Después de abrir la reja con la frase eficaz, que pronunció secretamente en voz baja, el bufón cruzó la gruta hacia el lugar indicado, mientras, a pedido suyo, una parte de la multitud lo seguía para constatar que ni en el más leve de sus movimientos había la menor complicidad.

Una vez Le Quillec lo hubo designado y numerosos brazos lo levantaron, el bloque marmóreo de Kurmelén fue transportado afuera y la reja, abierta todavía, sólo volvió a cerrarse, dada la brevedad de la visita, tras la salida del último invasor.

El bufón, retirando la disimuladora capa de arena, hizo ver a todos, en la cara superior del bloque, la firma del rey junto al lingote dinástico, que de ese modo quedaba autenticado.

Hello se dirigió a Gloannic llevando el bloque verde, que viajaba intacto junto a ella en un rincón de la litera. En medio de febriles ovaciones desencadenadas por el éxito de la expedición, el cortejo popular crecía en cada etapa. Fue en vano que, para frenar la marcha, los pretendientes arengaron a sus tropas; al enterarse de la insigne recuperación, todos los soldados acudieron, fascinados por la gloria mágica del lingote, a alinearse por sí mismos bajo el estandarte de la feliz princesa.

Triunfalmente transportada hasta el palacio, con el oro reconquistado Hello mandó crear de nuevo la Maciza y un día se la ciñó en público al delirante clamor de "¡Viva la reina!" Cuando

llegó la noche, se vio brillar la estrella de Joiel con más intensidad que de costumbre.

Después la soberana se propuso levantar el país con los millones de la caverna, cuya explotación no tardó en iniciarse. La divulgación de la fórmula de la reja facilitó la entrada o salida de obreros armados de picos y pronto, gracias a las cantidades de oro extraídas de la profundidad interna del mármol verde, el reino volvió a prosperar.

Sonriente al fin y adorada por su pueblo, Hello colmó a Le Quillec de favores.

En un arranque de exaltación gozosa se mandó esculpir una estatua que representara a la joven reina coronada y colocarla, como si fuera la de una santa, en una espaciosa hornacina, bajo el cual tres altorrelieves en colores conmemorarían la sublime aventura.

Y bien, según probaba el examen, aquélla era la misma hornacina que acababan de sacar a la luz las excavaciones realizadas por la sociedad de la que Canterel era accionista.

Una fácil indagación demostró que en el momento del hallazgo la estatua ausente, rota en mil pedazos, yacía al oscuro abrigo del nicho, derribada de bruces por el remoto cataclismo que la había sepultado.

El maestro había ambicionado esa pieza venerable cuya sola existencia prestaba a la leyenda un curioso viso de realidad. Pujando con firmeza había logrado adjudicársela en la subasta y, tras colocarla en su parque, por seis años había dejado vacía la garita de piedra, pues no encontraba una estatua digna, por antigüedad y valor, de un albergue tan precioso; mérito éste recientemente mostrado por el antiguo y glorioso Federal, que por ello había recibido allí abrigo contra el viento y la lluvia.

Después de echar una última mirada a la doble curiosidad, seguimos a Canterel, dispuesto ya a alejarse pendiente arriba.

